BIOGRAFIA

DEL

PAPA PIO IX,

ESCRITA

POR LUIS VEUILLOT.



MADRID:
IMPRENTA DE LA ESPERANZA, Á CARGO DE D. A. PEREZ DUBRULL, EDITOR,
calle del Pez, núm. 6, cuarto principal.

1863.

BIOGRAFÍA DEL PAPA PIO IX.

BIOGRAFIA

DEL

PAPA PIO IX,

ESCRITA

POR LUIS VEUILLOT.



MADRID:

IMPRENTA DE LA ESPERANZA, Á CARGO DE D. A. PEREZ DUBRULL, EDITOR,

calle del Pez, núm. 6, cuarto principal.

1863.





PIO IX.

PIO IX.

«Puesto que Dios, ha dicho un Obispo, ha querido ser hombre, ha consentido, por el hecho, en hallarse siempre representado por un hombre aquí en la tierra. Y á ese hombre le ha colocado en Roma.» Hé aquí unas palabras breves, pero poderosas, que lo dicen todo sobre la gran cuestion del mundo, y que nos dan la verdadera luz para mirar la dulce y grande figura de Pio IX.

El Hombre-Dios ha sido el hombre del dolor; todas sus obras han sido obras de justicia clemente y de misericordia pura, y, sin embargo, se le ha aborrecido, calumniado y sentenciado á muerte, ejecutándose la sentencia. Aquellos á quienes habia instruido por sus palabras, curado por sus milagros, libertado por su doctrina, gritaron: ¡No queremos que reine sobre nosotros! El Hombre-Dios agotó el cáliz de las cobardías y de las humanas iniquidades. Sus mismos amigos le abandonaron; alimentó con su cuerpo á aquel que debia venderle. El poder público, al proclamar su inocencia, le hizo azotar antes de darle la muerte. Se le mató en nombre de la verdad, invocando el interes del pueblo y el interes del cielo, y un vil populacho tuvo licencia para insultarle hasta en el

pretorio, y hasta sobre la Cruz. Hé aquí al Hombre-Dios oculto y como perdido en el hombre del dolor. Ningun socorro recibe del cielo, que parece cerrado para Él; sobre la tierra, su dominio es el Calvario y su trono una Cruz: sin embargo, reina. El título de su soberanía, escrito por la mano que le entrega, está clavado al instrumento del suplicio por las manos que le crucifican. ¡Cuántos esfuerzos se harán para derribar aquella Cruz, y para arrancar de ella aquel título real! Pero la Cruz es estable, y el título real se ha escrito para que sea eterno. Sin dudar jamás ni de su debilidad ni de su victoria, el Divino Crucificado dijo: «*He vencido al mundo.*» Cuando espiró, las tinieblas envolvieron al mundo, y los muertos salieron de los sepulcros. Advertido por estas perturbaciones de la naturaleza, el jefe de la fuerza pública, el que acababa de presenciar y asegurar la ejecucion de la inicua sentencia, reconoce y adora á su víctima: «¡Era verdaderamente el Hijo de Dios!»

Es preciso recordar esta historia y esta figura, antes de delinear la figura y de bosquejar la historia de Pio IX. Por necesidad hemos de salir aquí de las condiciones ordinarias de la biografía. No vamos á retratar á un hombre semejante á los demas hombres. El hombre de quien tratamos, no ha nacido para las obras comunes de la vida. En un cuerpo sometido á las enfermedades y á la muerte, tiene, como todos nosotros, un alma sujeta al error, pero no estrechada en todos nuestros límites, ni sometida á todos nuestros desfallecimientos. Dios está ligado para con él con un juramento eterno, y le asiste de una manera especial. Es el hombre á quien el Salvador ha dicho: «*Yo estoy contigo.*» En él la carne mortal encierra mas inmortalidad que en nosotros. Ese hombre es Pedro, que

nunca muere, sentado sobre el trono, que nunca cae; es el representante de Dios, á quien Dios ha colocado en Roma, porque Roma es el lugar donde place á Dios habitar, y su historia encierra mas elementos divinos que toda otra historia. Débil, difamado, escarnecido como el hombre del dolor, invencible como el Hombre-Dios, en las condiciones del Calvario, continúa la obra del Calvario. ¡Obra incomparable pero seguida y engrandecida hace diez y ocho siglos á la faz de los hombres prosternados ante el milagro, ó estupefactos y furiosos ante el problema! Ese hombre enseña, expia, liberta, muere, reina, llevando un nombre incomunicable é intrasmisible: es el Papa, el Padre. Toda lengua, aun la que es rebelde, llama así á ese hombre; le llama así, y no llama así á ningun otro. Su soberanía paternal, la mas antigua que existe en el mundo, es al mismo tiempo la mas combatida en la época presente y la mas segura del porvenir. En este punto, el sentimiento mas profundo de los hombres mas inteligentes entre sus enemigos, está de acuerdo con el sentimiento de los hombres mas firmes entre sus fieles. ¿Por qué es esto así? Sus fieles se estienden por todo el mundo; evalúase su número en doscientos millones, pero diseminados, indolentes, desfallecidos, reducidos de hecho, como fuerza activa, á un simple puñado: sus enemigos son innumerables, poderosos, ardientes; están coligados y provistos de armas irresistibles. Esos enemigos desean y profetizan la caida del Pontificado; pero ¿de dónde nace que desesperan de poderla conseguir? ¿De dónde nace que el Pontificado, circundado por tantos lazos, estrechado por tantos soldados, resentido por tantos golpes, abrumado con tantas injurias é irrision, vive, marcha, y en ninguna parte ve tierra lejana ni pueblo ene-

migo que él no quiera ni pueda conquistar? Este es el problema, este es el triunfo permanente y siempre incomprensible del hombre del dolor.

A la vista tenemos este escándalo que da la razon humana.

Y como la razon humana nunca ha estado mas sublevada contra el Dios de la Cruz, y nunca ha negado con mas obstinacion su derecho sobre el mundo, nunca el escándalo fue mas grande. Puede decirse que ya lo ha vencido todo, y que lo que no ha destruido lo ha cambiado á su gusto. La razon humana ha conculcado las instituciones, modelando los ánimos para que cayeran en la duda y no salieran de ella; ha paralizado tambien los corazones. Al romper con el órden sobrenatural, sus leyes han proclamado la proscripcion de Dios-Cristo, cuya debilidad y aun cuya existencia histórica está negando su ciencia. La razon humana ha impuesto al mundo un derecho fabricado por ella, el derecho del hombre, llamado mas tarde el derecho nuevo, y que es simplemente el derecho de su capricho. Armada con ese derecho, ha negado y despreciado todo derecho anterior, todo derecho de la tierra y todo derecho del cielo, despojando violentamente á los Reyes de su corona, á los pueblos de su nacionalidad, á los individuos de su propiedad, á los altares de su libertad y de su fe á las almas. Sus sofismas corrompen por el miedo á los hombres, cuyo buen sentido no han alcanzado á pervertir; así es que toda resistencia es vana. Jamás déspota mas insolente ha dicho á la conciencia ¡calla!, ni la ha dejado entregada con mayor desden á las burlas de sus sicarios. ¿Qué es, pues, lo que la detiene aun, y cómo, habiéndolo vencido todo, no lo ha arrasado ya todo? Un solo hombre se levanta ante ella sobre la

ruina de la civilizacion cristiana, la impide reducirla á polvo, y conserva entre esas ruinas el espíritu que puede renovarlo todo, siguiendo las eternas tradiciones y al amparo de la Cruz. Ese hombre pacífico dice *No* á la razon humana separada de la razon divina; *No*, á su derecho nuevo; *No*, á sus locas empresas contra los derechos de los pueblos y contra los derechos de Dios que se anulan al separarlos, y de los cuales él es la espresion completa y verdadera. Invencible hasta ahora en su debilidad, ese hombre guarda lo que no podrá perecer sin que en el momento el género humano se vea despedazado por las garras terribles del despotismo antiguo.

¿Pertenecerá Roma á Pedro, sacerdote de Jesucristo, ó á Neron, sacerdote de su propia divinidad? El problema se plantea hoy como se planteó hace diez y ocho siglos; solo que hoy la apostasía lo acepta con mayor resolucion que aquella con la que la aceptó hace diez y ocho siglos la incredulidad: *¡No queremos que reine sobre nosotros!* Ese grito de la sinagoga lo dan hoy hombres que han recibido el bautismo, y hoy, como en aquellos dias, la tierra tiembla, las tinieblas descienden, y los muertos salen de sus sepulcros. ¿Qué de estrañas fantasmas no atemorizan hoy las miradas de los vivos? Sí, sí; el sepulcro de Neron puede volver á abrirse, pero Pedro no muere.

¡Pedro! Formado á su espalda, despertado por su voz, conmovido por la admiracion y por el amor, saludándole con los títulos que le dan los doctores, el mundo católico le llama aun *Moisés*, el *Patriarca Universal*, el *Padre de los Padres*, el *Heredero de los Apóstoles*, la *Boca y el Jefe del Apostolado*, el *Refugio de los Obispos*, el *Pastor de todos los Pastores*, el *Lazo y el Vínculo de unidad*. Cuando la eleccion de Dios hubo sacado á Pedro Pio de entre la multitud, el primer

Cardenal diácono, en presencia del pueblo, pronunció con verdad estas palabras supremas que solo á Pedro pueden ser dirigidas : « Recibe la Tiara de las tres coronas. Tú eres el Padre de los Reyes y de los Príncipes, el Pastor del universo, y el Vicario en la tierra de nuestro Salvador Jesucristo. »

II.

El hombre, hoy vivo, sobre quien la Providencia ha puesto esta pesada carga de gloria, ha nacido en Sinigaglia, ciudad pequeña de los Estados Pontificios situada en la parte que hoy usurpa el Piamonte, el dia 13 de mayo de 1792.

Recibió en el bautismo los nombres de *Juan María*, doble predestinacion para la pureza y para el amor. Su familia era una de las mejores y mas antiguas del pais. Pio VI reinaba entonces en Roma, aunque puede decirse que pisaba ya el dintel de las cárceles que debia habitar. En Francia, en aquel tiempo, la sangre de los sacerdotes que habia ya corrido en las matanzas, empezaba á correr tambien en los cadalsos. El mundo, por su parte, llegaba ya á decir que Pio VI seria el último Papa. En las primeras oraciones que Juan María Mastai Ferretti aprendió de su madre, le pedia á Dios que asistiera al Papa cautivo y desterrado.

El niño pasó cinco años (desde 1803 hasta 1808) en el colegio, entonces famoso, de Volterra, dirigido por los PP. Escolapios. Distinguíase el jóven por su amable aspecto, por su viva imaginacion, y por su enérgica palabra. Una hermana de Napoleon I, Elisa Bacciochi, Reina en aquel momento, visitó á Volterra, que formaba parte

de su reino de Etruria. El colegio, segun el uso italiano, dió una sesion de literatura para honrar á aquella Reina, y Juan María Mastai Ferretti fue elegido presidente de la sesion. Sentíase ya en aquella época llamado al estado eclesiástico, cuando un mal terrible, la epilepsia, amenazó cerrarle la carrera sagrada. Perseveró, sin embargo, en su vocacion, y en 1809 recibió la tonsura. Entonces fue á Roma á perfeccionarse en las ciencias y en las virtudes del sacerdocio al lado de un tio suyo, canónigo de San Pedro. Allí vió el rapto de Pio VII, quien desde tiempos atras venia siendo atormentado como Pio VI, pero por una mano y por unos medios mas hábiles. El tio de Juan María, buen sacerdote, tuvo que dejar á Roma, y Juan María se retiró á casa de su padre. Dos años despues (en 1812) fue llamado á Milan para formar parte de la guardia de honor; pero su enfermedad no le permitió aceptar ese puesto. Nunca ha llevado las armas, y nunca ha sentido la menor inclinacion hácia ellas. Permaneció, pues, en su ciudad natal hasta la vuelta de Pio VII, cuyo triunfo vió en Sinigaglia, donde fue presentado al cordero victorioso, y en Roma, á donde fue apresuradamente con el objeto de seguir los cursos en la Academia eclesiástica. Juan María se hallaba en la plaza del *Pueblo* cuando el cautivo de Fontainebleau volvió á tomar posesion de su capital, y vió el entusiasmo de aquel pueblo que por fin quedaba libre. ¡Qué leccion! ¡Qué historia profética!

La enfermedad seguia atormentándole; pero en su fe no desesperaba de obtener una curacion que le permitiera tomar las órdenes sagradas. Empezó á estudiar teología, los ataques llegaron á ser menos frecuentes y menos violentos, y pudo recibir por fin las órdenes menores (1818). Desde aquel mismo momento quiso consagrarse á los tra-

bajos del Evangelio. Dirigiéronse algunos misioneros á Sinigaglia, teniendo á su cabeza al príncipe Odescalchi, Prelado de la corte romana, el mismo que mas tarde depuso la púrpura para entrar en la Compañía de Jesus, y á Mons. Strambi, que ha muerto en olor de santidad. Juan María se unió á esos enviados de misericordia para desempeñar los humildes servicios de catequista. La mision fue muy feliz; la salud del catequista, que tambien mejoró, valiole una dispensa para ser promovido al diaconado y al subdiaconado, ordenándose de subdiácono el 18 de diciembre de 1818.

Sus deseos iban mas lejos; aspiraba cada vez con mas ardor al sacerdocio, y por fin obtuvo la licencia necesaria; pero con la condicion de no celebrar el santo sacrificio de la misa sino asistido por otro sacerdote. Habia conocido y esperimentado hasta tal punto la paternal bondad de Pio VII, que se atrevió á pedirle la dispensa de esta condicion incómoda. Segun su costumbre, el Soberano Pontífice le escuchó benignamente. ¿Seria acaso una inspiracion del cielo la que en aquel momento iluminó á aquella alma santa y á aquel dulce y humilde espíritu que habian tenido que pronunciar tantas decisiones memorables? ¿Conoció en aquel momento Pio VII el destino del jóven levita arrodillado delante de él? Cogiole afectuosamente la mano, y le dijo : « Sí, Nos queremos haceros esta gracia, y tanto mas queremos hacérosla, cuanto ya no volvereis á ser atormentado por vuestra enfermedad. » En efecto, desde entonces hasta este dia, en cuarenta y cuatro años, la enfermedad ha cesado.

El abate Mastai celebró por primera vez la santa misa el dia de Pascua de 1819, en Roma, en la pobre iglesia de *Sant' Anna dei Falegnami*. Sirve esta iglesia de

capilla para un asilo de niños pobres fundado por un hombre de bien, por un pobre albañil de Roma que se habia consagrado á cuidar de los huérfanos de la ciudad, y que en su casa los alojaba y los alimentaba con las limosnas que pedia para ellos. Llamábasele *Tata Giovanni* (el padre Juan). El abate Mastai se habia hecho el ayudante, y se hizo luego el sucesor de aquel humilde bienhechor de los huérfanos. La casa tenia un centenar de estos, y él les enseñaba el Catecismo, les escitaba al cumplimiento de sus deberes religiosos, y vigilaba la educacion que para diferentes carreras recibian. No solamente gobernaba el Hospicio, sino que tambien le sostenia, gastando en él todas sus rentas. Por espacio de siete años conservó este cargo voluntario, y tal fue su primero y mas dulce noviciado como Pastor de los pueblos y Rey particular de los romanos.

Tenia entonces el abate Mastai treinta y un años, y la Providencia le destinó en aquel tiempo á otra obra de singular importancia para el porvenir. Un Nuncio que Pio VII enviaba á Chile, pidió y obtuvo que el abate Mastai le acompañara con el cargo de auditor. Su madre, la condesa Mastai, se asustó por aquella mision tan lejana, y al mismo tiempo tan poco importante por aquel entonces: en cuanto á su hijo, no temia los peligros, y no pertenecia ya á su madre. Fue, pues, á dar las gracias al Soberano Pontífice, y Pio VII le dijo: «Vuestra madre ha escrito al Cardenal-secretario tratando de impedir vuestra partida; pero Nos hemos respondido que volveríais sano y salvo.» Volvió, en efecto, al cabo de tres años sano y salvo, pero arruinado. Director del hospicio de *Tata Giovanni*, gastó en él sus rentas; auditor despues de la Nunciatura, añadió á sus rentas su sueldo, sin cesar en su

trabajo personal. En Chile predicó, fundó y sostuvo muchas obras de caridad, asistiendo personalmente á los pobres, y lo mismo hizo en Montevideo, donde tambien permaneció por algun tiempo. Si no estoy equivocado, Montevideo fue tambien veinticinco ó treinta años mas tarde teatro de la actividad de Garibaldi, á quien se le alaba mucho por haber organizado en él la táctica de guerrillas.

De vuelta á Roma, el abate Mastai fue elevado á la prelatura y nombrado presidente del Hospicio de San Miguel, el mas antiguo y uno de los mas vastos establecimientos de caridad que existen en el mundo. En aquel tiempo todas las dependencias del Hospicio se hallaban enteramente desorganizadas y requerian reformas considerables. En menos de dos meses el nuevo presidente lo reparó, lo restauró, lo renovó todo. Esta fue para él una verdadera escuela de Príncipe temporal, porque San Miguel es un mundo: allí se ampara á todas las miserias; allí se enseñan todas las profesiones, y hasta se estudian las bellas artes. Cuando el diligente Prelado hubo puesto en órden todo aquel inmenso mecanismo, la Santa Sede encontró que podia gobernar una diócesi, y el Papa Leon XII, que conocia mucho á los hombres, le dió el arzobispado de Spoletto. La presidencia de San Miguel no le habia enriquecido mas que lo que le enriqueció su cargo de auditor en Chile; de suerte que, para pagar sus bulas, tuvo que vender una corta hacienda que aun le quedaba.

III.

Dulces y serenos fueron los primeros años de su episcopado. Aunque en vísperas ya de los sacudimientos



de 1830, la Europa y la Italia gozaban de cierta tranquilidad, y, con ella, el nuevo Arzobispo estudiaba, estimulaba á su clero para que se dedicara al estudio, trabajaba por la mejora material y moral de su pueblo, siendo misionero como lo habia sido en Chile, y patrono de los pobres y de los huérfanos como en sus primeros tiempos de sacerdocio lo fuera en Roma. Entre otros establecimientos, fundó un asilo para huérfanos, que era á la vez una escuela gratuita para los niños á quienes sus padres no podian pagar el aprendizaje de una profesion. Este establecimiento debe existir todavía, á menos que los piamonteses, que son hoy dueños de Spoletto, le hayan trasformado en cuartel ó en cárcel; trasformaciones que hacen con mucho gusto esos conquistadores de la Italia.

En Spoletto fue tambien dónde el hombre que debia ser Pio IX vió por vez primera á los revolucionarios. Durante las turbulencias de 1831, cuatro mil insurgentes que huian delante de los austriacos, llegaron á las puertas de Spoletto, ciudad sin guarnicion y privada de todo socorro. Ya en aquel tiempo el partido revolucionario atacaba directa y especialmente á los sacerdotes; pero no por eso el Arzobispo abandonó á su rebaño, y, al contrario, salió á recibir á aquellos hombres. Con gran firmeza, gran caridad y gran tacto les persuadió de que debian deponer sus armas y pedir perdon por su delito. En efecto, depusieron á sus pies muchos miles de fusiles y cinco cañones, y le rindieron tambien otro homenaje. Para alimentarles, que no para comprarles, el Arzobispo les habia prometido algunos cuantos escudos; quiso entregar esta suma á un tal Sercognani, á quien aquellos hombres llamaban su general; pero de ningun modo consintieron en ello, exigiendo que el mismo Arzobispo hiciera la

distribucion de la suma. ¡Prueba de su estimacion hácia él, y prueba tambien de su estimacion hácia el jefe que habian elegido! Otra esperiencia hizo ya ver desde entonces todo lo que era y lo que valia el partido unitario. En Spoletto, ciudad principal de la provincia, existia un gobierno revolucionario completo; otro igual existia en Perusa; otros diez iguales existian en todos los pueblos algo importantes, y cada uno de esos gobiernos queria ser de todo punto independiente de los demas, pretendiendo no obedecerles en nada. Con estos elementos que hoy subsisten como antes, que hoy subsisten mas que antes, tiene que hacerse la unidad de Italia.

En 1832 el Arzobispo de Spoletto fue trasferido á la Sede mas importante de Imola, en la que el buen Pastor continuó sus obras anteriores. Imola tuvo un colegio para los estudiantes eclesiásticos pobres; tuvo un asilo de huérfanos para treinta niños; tuvo otro asilo igual para las niñas, confiado este último á las Hermanas de la Caridad, y en el cual instituyó dos escuelas, una gratuita, abierta para la clase pobre, y la otra para la clase acomodada. A las mismas Hermanas de la Caridad puso á la cabeza del hospital de la ciudad, aumentado con un asilo para las mujeres privadas de razon. Al mismo tiempo llevaba de Angers, en Francia, á las religiosas del Buen Pastor para cuidar de las mujeres arrepentidas. «Porque su corazon, decia, se hallaba completamente turbado al pensar en aquellas pobres ovejas perdidas, que podian volver al redil.»

Esta fundacion fue completamente suya; la estableció con sus propias rentas, y consagró su peculio á sostenerla. Cuando las religiosas del Buen Pastor, pedidas con

instancia, llegaron por fin á Imola, las recibió en su palacio, y escribió á la Superiora general dándola las gracias con efusion. Las obras del Arzobispo Mastai en Imola, que tienen un carácter mas determinadamente episcopal, son innumerables; gobernaba su diócesi como Obispo segun el corazon de Dios; vigilaba por conservar en sus sacerdotes el espíritu de su santa vocacion; restauraba las iglesias y visitaba á su rebaño.

Se ha dicho que el Obispo de Imola estaba mal visto en Roma á causa de sus ideas liberales, y se supone que Gregorio XVI pronunció una frase muy inverosímil sobre ese pretendido liberalismo, al cual se atribuia tambien el que no se le hubiera dado el capelo. Nada mas falso que esto: la verdad es que Juan María Mastai, Arzobispo á los treinta y cinco años, fue creado Cardenal *in petto* en el Consistorio de 23 de diciembre de 1839, y fue proclamado en el de 14 de diciembre de 1840, es decir, á los cuarenta y ocho años. No se hacia, en verdad, esperar mucho á un Prelado á quien se veia tan poco, y cuyo mérito estaba mas presente en Roma que su persona. Sabíase ciertamente en Roma que el Obispo de Imola no tenia miedo á las ideas, pero sabíase tambien que era de talla para medirlas y pesarlas, y en Roma, dentro de estas condiciones, los hombres que no tienen miedo á las ideas no causan miedo.

Pronto se dió una prueba de ello por esos mismos Cardenales, que pasaban entonces, como pasan hoy, por detestar toda inteligencia al mismo tiempo que toda virtud. El Grande y Santo Papa Gregorio XVI acababa de morir abrumado de trabajos y de años. El Cardenal Mastai se dirigió desde su diócesi al cónclave. Llegó á Roma la tarde del 12 de junio de 1846; el 15 entró en el cónclave



con los demas Cardenales: el 16 fue elegido Papa por unanimidad, y el 17 el pueblo romano, y muy pronto el universo católico, aclamaban el nombre de Pio IX. El nuevo Pontífice quiso dar por sí mismo esta noticia á sus hermanos que se hallaban en Sinigaglia. Esta carta pinta su alma:

«ROMA 16 de junio, á las once y tres cuartos de la mañana.

»Dios, que humilla y exalta, ha querido elevarme de la nada á la dignidad mas sublime de este mundo. Hágase por siempre su santísima voluntad. Siento el inmenso peso de tal carga; siento igualmente la estremada insuficiencia, por no decir la absoluta nulidad, de mis fuerzas para sobrellevarla. Gran motivo es este para orar: orad vosotros tambien por mí. El cónclave ha durado cuarenta y ocho horas. Si la ciudad quiere hacer alguna demostracion pública en esta circunstancia, tomad las medidas necesarias. Mi deseo mas vivo es que la suma que á ello se destine se emplee en algun objeto de utilidad general, segun la opinion de los jefes del pueblo. En cuanto á vosotros, queridos hermanos, os abrazo con todo mi corazon en Jesucristo; y, lejos de alegraros por ello, tened compasion de vuestro hermano, que os da á todos su bendicion apostólica.»

Se ha dicho que el Cardenal príncipe Altieri fue el que propuso al cónclave la eleccion del Cardenal Obispo de Imola, y yo debo añadir que no hay en Roma ni un nombre ni un carácter mas romanos que el del Cardenal príncipe Altieri.

IV.

Aun en las épocas mas fervorosas de los tiempos de fe, siempre la Iglesia se ha visto rodeada de enemigos, y ninguno de los sucesores de San Pedro ha encontrado al subir al trono en tal estado los negocios que pudiera dirigirlos fácilmente. Pio IX, al ceñir sus sienes con la tiara, vió por todas partes señales de una próxima y terrible tempestad; pudo presentir que la tempestad atraería miasmas destructores, si no desconocidos, por lo menos todavía inesperimentados; miasmas que no encontrarian ya aquellos obstáculos, aquellas instituciones antiguas que, si bien escitaban su furia, habian á la vez amortiguado su esfuerzo. Desde 1789 la Revolucion ha sido menos combatida, y ha estado mas disciplinada; así que solo en apariencia ha perdido su ardor, llegando á ser mas prudente y mas radical. En 1846 los gobiernos, ó la temian, ó pactaban con ella, ó la servian abiertamente: en los pueblos habia conseguido sus progresos naturales, despertando por una parte al socialismo, y afirmándose por otra en la impiedad. Ya la Revolucion apenas se dignaba amenazar á los tronos, y teniendo algun cuidado de dejarles una vana esperanza, dirigíase principalmente contra el altar. No se crea por esto que daba su antiguo grito: *¡Fuera Cristo! ¡Fuera Dios!* Al contrario, honraba á Cristo como á un sabio, y á Dios como á una idea. Tampoco decia: *¡Fuera culto! ¡Fuera sacerdotes!* Se contentaba con decir: *¡Fuera Iglesia independiente!* y con esto hacia lo bastante. Con tal táctica, apagando muchas alarmas, conseguia amortiguar cuando menos el sentimiento cristiano.

Sin embargo, por otra parte, y particularmente en

Francia, íbase comprendiendo mejor el papel social del Jefe de la Iglesia. Cuando en 1819 José De Maistre publicó su libro inmortal sobre el *Papa*, apenas tuvo algunos lectores : ya no estábamos en ese caso. Habia brillado una luz esplendente, se habia determinado un gran movimiento de amor y de sumision, y ante ese movimiento no existia ningun obstáculo invencible.

A pesar de eso, ni ese solo punto luminoso que se encontraba en el centro de un horizonte tan espantosamente cubierto, estaba él mismo libre de nubes. Hasta en el grupo católico se reconocia la llaga de la época : esa ceguedad ó fatuidad de la sabiduría moderna, siempre dispuesta á chocar en alguna cosa con la verdad tratando de acomodarla con el error. Los católicos liberales empezaban ya á proponer sus tésis incomprensibles, en las que suenan todas las palabras que gustan á la impiedad. En presencia de los odiosos clamores que daba la Revolucion sobre la tumba de Gregorio XVI, los liberales católicos guardaban silencio, haciendo ridículos votos por que la habilidad de Rossi no impidiera al cónclave elegir un Papa que tuviera la inteligencia y el conocimiento de los «tiempos nuevos.» La prensa revolucionaria se apoderaba de esas vulgaridades imprudentes, declarando que los mejores católicos se veian reducidos á desear lo imposible; porque «si los tiempos nuevos» son los tiempos en que se vive, ¿qué Papa, desde Lutero, ha sido un Papa de su tiempo? A este propósito, creo que será leida hoy con interes una de las páginas que yo escribí en la polémica que se suscitó sobre esa materia en aquel tiempo y entre los diarios católicos:

«El cónclave, decia, nos da un Papa que nació en 1792, llegado por consecuencia al mundo en el instante en que



los tiempos antiguos cerraban su era. Mientras crecia y llegaba á ser hombre, la Francia y la Europa se separaban de sus antiguas leyes, y, por otro movimiento inverso, se volvian hácia las antiguas creencias, observando que solo en ellas existia el medio de poner á cubierto lo que ninguna sociedad puede abandonar. José De Maistre publicó su libro del *Papa* en 1819, cuando el abate Mastai tenia veinticinco años; por lo tanto, y segun todas las probabilidades, el abate Mastai leyó ese libro incomparable. En todo caso las ideas verdaderamente nuevas, y tambien verdaderamente antiguas, que constituyen el mérito de ese libro, no han podido ser estrañas á un talento cultivado. Esas ideas circulaban en la esfera superior á la que se elevan por sí mismas las grandes inteligencias á quienes Dios prepara para el gobierno en el porvenir. El abate Mastai era un hombre de los «tiempos nuevos,» como lo fueron los Apóstoles y los cristianos de todas las edades. Cuando renunciaba al mundo para consagrarse á Dios, el abate Mastai era sacerdote de los «tiempos nuevos,» como lo han sido los buenos sacerdotes de todas las épocas; cuando, miembro ya del órden sacerdotal, se encerraba entre los pobres y los enfermos para evangelizarlos y servirlos, el abate Mastai era un político de los «tiempos modernos y de los tiempos futuros,» como lo fue Gregorio VII, como lo fue Inocencio III, y, si se quiere remontar mas atras en la historia, como lo fue San Pedro, cuando, en sus humildes funciones de auditor del Nuncio en Chile, sabia defender los derechos de la Iglesia buscando siempre la aprobacion de Dios y no la de los hombres. El abate Mastai era, en fin, Obispo de los «tiempos nuevos,» como lo han sido todos los Obispos segun el corazon de Dios que en estos diez y ocho siglos han go-

bernado la Iglesia, cuando, claustrado en su diócesi, llevaba el peso y la fatiga del dia, cumpliendo antiguos deberes, aliviando antiguas miserias, sin pensar que en otras partes hubiera pompas soberanas y un rango mas elevado. En verdad que si todo esto basta para formar un Papa digno de los «tiempos nuevos,» no acaso segun los incrédulos y los herejes, sino segun los católicos liberales que no en todo pueden desear lo mismo que los incrédulos, cabe esperar que estos últimos quedaran contentos con la eleccion de Pio IX. Pero ¡ay! no nos acordamos de que, ahora que se ha proclamado al Papa, esa palabra un poco vaga «tiempos nuevos» se ensancha, suplicándose al Soberano Pontífice que ame tambien «la libertad...»

A nuestra vez deseamos alguna cosa, no del Papa, porque creemos que conoce los deberes de su cargo y los intereses de los pueblos católicos un poco mejor que nosotros, sino de aquellos que le dan, con tono tan decidido, consejos para su conducta. Quisiéramos saber de ellos lo que es la libertad, la libertad que debe amar un Papa que tenga el conocimiento de los «tiempos nuevos.» Bien sabemos que no se trata aquí de la libertad del desórden en política, ni de la de las malas doctrinas en filosofía, ni de las libertades galicanas, ni de otras muchas libertades que la Santa Sede, desde San Pedro, ha tenido que herir con sus censuras, y no ha cesado de negar á las pasiones que las exigian; no: trátase solo, ó debe tratarse solo, de la libertad de la Iglesia, de la libertad religiosa en todo lo que tiene de sagrado, y de la libertad civil en todo lo que tiene de necesario á los ojos de la Religion, segun las épocas y segun los paises. Hé aquí la libertad cuyo amor se aconseja á los Papas, y nada es mas digno de alabanza; pero, ¿ha habido acaso algunos Papas que no

hayan amado y defendido esa libertad? Si los ha habido, tendríamos deseos de conocerlos, porque, hasta ahora, á nuestro juicio, la conquista, el engrandecimiento y el robustecimiento de esta libertad han sido el objeto constante de los esfuerzos de los Papas. Si se nos dice que el *Siglo* afirma lo contrario, responderemos que no es al *Siglo* á quien debe creerse, sino á la Religion, al sentido comun y á la historia. La Religion nos enseña que el Pontificado no se ha instituido para otra cosa sino para dar satisfaccion por medio de la Iglesia á las mas nobles necesidades del género humano; el sentido comun nos dice por sí solo que si el Pontificado hubiese faltado á su mision, ni Dios ni los hombres le hubieran dejado durar diez y ocho siglos en medio de los asaltos mas formidables que puede sufrir una institucion, no ya humana, sino divina; y la historia, acudiendo en socorro de nuestra lógica y de nuestra fe, nos presenta el cuadro infinito de los esfuerzos, de los sufrimientos, de la infatigable caridad, del indomable valor de tantos Santos Pontífices á quienes nada ha podido cansar en su dura labor por hacer á los hombres mas dignos de la libertad por la Religion, y mas dignos de la Religion por la libertad. Esto es lo que debe saberse, y esto es lo que debe proclamarse, porque esto es lo que es, y esto es lo que será. Dejemos hablar á los que nada saben y á los que nada quieren comprender, por no verse precisados á cambiar de conducta: nunca conseguiremos, al menos queriendo ser cristianos, arreglar el Pontificado de tal suerte que pueda serles agradable; con desear para el Pontificado lo que ellos parecen pedirle, solo conseguiremos darles un nuevo tema para sus injurias. Dirán que el Papa se niega á satisfacer los deseos de sus mismos fieles, y que por nuestra parte si

tenemos el respeto en los labios, tenemos la blasfemia y el desprecio en el corazon.

»Nuestros admirables Obispos, esos guardianes vigilantes de los intereses mas sagrados de la Iglesia, en las oraciones, tan favorablemente acogidas, que han dirigido á Dios para obtener un nuevo Jefe, no han pedido para Pio IX ni el «conocimiento de los tiempos nuevos,» ni el «amor á la libertad.» Sabian que estos dones son inherentes á la Tiara; sabian que nunca la han faltado, que nunca la faltarán. Los Obispos han solicitado para el Pontífice la paciencia, la firmeza, el valor, la ardiente fe de los Apóstoles, la tierna mansedumbre de los Santos. Si tiene esto el nuevo Pontífice, tiene todo lo que él necesita; tiene todo lo que nosotros necesitamos. Aplicará á los «tiempos nuevos» las verdades antiguas, y el mundo dará un paso mas en el camino de la salvacion.»

Los católicos que en 1846, en el momento de la exaltacion de Pio IX, pensaban de este modo, pueden recordar sin humillacion las críticas amargas de que entonces y despues ha sido objeto su línea de conducta: el Pontificado de Pio IX, cuya historia habian escrito de antemano, les justifica plenamente.

V.

Nada, acaso, ha igualado nunca al *hosanna* de los primeros dias de este reinado, que, salvo raros intervalos, que tampoco han pasado muy tranquilos, no ha sido sino una larga tempestad. El himno de admiracion y de amor que resonó aquel dia, no ha cesado aun; pero entonces, falso ó sincero, era unánime. El mundo tuvo, por decirlo así, un desvanecimiento de ternura; entreveíase la posi-



bilidad de armonizar eso que se llama los deseos de los pueblos con las exigencias del órden. Gregorio XVI, que se veia apremiado con harto esceso por los gobiernos para poder hacer ninguna concesion con honor, harto entrado en años para realizar con éxito grandes cambios, y harto atacado para salir de las vías de la resistencia y descuidar la represion, tuvo que mantenerse firme hasta el último momento. Su sucesor, jóven y adorado, quiso aprovechar desde luego lo favorable de las circunstancias, que le daban tiempo, y lo propicio del movimiento público, que parecia darle corazones. En tales circunstancias hizo reformas importantes, concedió libertades que se le pedian, y prometió otras, pidiendo solo las demoras necesarias para prepararlas; hizo reinar, en fin, la misericordia. Su primer acto fue una lata amnistía para todos los condenados, desterrados y acusados políticos, dada bajo la única condicion de reconocerle estos por su Soberano legítimo, y de comprometerse, bajo su palabra de honor, á conducirse en adelante como súbditos leales.

La voz de los romanos era un grito no interrumpido de alegría, y ese grito levantaba ecos en el mundo entero. Los gobiernos aplaudian tambien como los pueblos, aunque no sin alguna inquietud. Los cinco Estados, Austria, Rusia, Francia, Inglaterra y Prusia, que, obrando en comun, habian querido imponer al Papa Gregorio XVI el peligroso *Memorandum* de 1831, y que despues se habían complacido en turbar su reinado con ese programa insidioso redactado por un diplomático protestante, empezaban á temer que el nuevo Pontífice, en fuerza de ser dulce con estremo, llegara á conquistar demasiada popularidad. Pio IX nada pretendia vender, y nada se dejaba arrancar; obraba francamente como un hombre de Esta-

do que sabe hasta dónde puede ir, como un hombre honrado que no quiere sospechar la traicion y la ingratitud, como un hombre resuelto á afrontarla en los límites estremos de la prudencia, con tal que pueda ganar por ello el poner en relieve su propia lealtad. Es esta una política grande y sana; pero es una política que solo pueden seguir los justos, que son los únicos hombres fuertes y pacientes; política tradicional de los Papas, con la cual han conquistado siempre, mas pronto ó mas tarde, la adhesion de la conciencia humana.

Es verdad que, en cierto sentido, ninguna de las concesiones, ninguno de los beneficios de Pio IX ha tenido buen éxito. Sus gracias, sus favores han recaido sobre ingratos; y locos y traidores se han armado con sus concesiones, sirviéndose de ellas. Los políticos han sonreido á la vista de su candor; se le ha acusado de temeridad al mismo tiempo que se le ha acusado hasta de debilidad; y por cierto que este último reproche aun puede sorprenderse en ciertos labios que hoy deploran, si no su temeridad, su tenacidad. Así son los vanos juicios de los hombres; pero, y esto se está hoy viendo, al hacer generosamente esta esperiencia que gran número de sus amigos, segun lo dejamos consignado arriba, pedian con insistencia igual á la de sus adversarios, el Pontífice se aseguró la estimacion del género humano. Pio IX creyó que el bien era posible, y se ha obstinado en hacer el bien; creyó en la libertad, y la tendió los brazos; creyó en el agradecimiento y en el honor, y descansó sobre la fe jurada. Ha sido, es cierto, víctima de esto; sin embargo, nada prueba todavía que los traidores y los hábiles hayan ganado con eso tanto como él ha ganado. Tiénese sin razon por muy poca cosa la adhesion de la conciencia

pública, y se prefiere traficar con lo que se llama la *opinion*, poder mas fácil de formar y de manejar; pero la adhesion de la conciencia pública es un fondo que no se agota, que cuando una vez se adquiere, dura, y cuyas protestas, aunque hechas en voz baja, no dejan de apagar, temprano ó tarde, los clamores calculados, arreglados y pagados de la *opinion*.

A la abundancia de los beneficios de Pio IX, los revolucionarios respondieron con el lujo de las traiciones, distinguiéndose en ellas los amnistiados. Al firmar el compromiso de honor de no emprender nada contra el poder legítimo, la mayor parte de esos amnistiados añadió protestas que no se pedian á ninguno de ellos; la mayor parte de ellos tambien, apenas entraron en Roma, reanudaron y prosiguieron sus complots con tanta habilidad como diligencia. Esos hombres hicieron del entusiasmo popular un motin permanente; la sedicion, llevando muchas flores en la mano, se postraba ante el Pontífice, y le pedia, rugiendo, que la bendijera. Con eso contaba seducirle, y no hizo otra cosa que despertar su prudencia; creyó despues intimidarle, y le encontró tan firme como dulce habia sido. Entonces emprendió el violentarle, y le mostró el puñal; pero tampoco con eso consiguió otra cosa sino desgarrar su corazon, sin hacerle menos clemente.

Pio IX habia resuelto dar ensanche á la libertad, sin cesar de ser Pontífice, Rey y Padre. La Revolucion, enseñoreada primero de Suiza por la impericia de los gobiernos, despues de Francia, mas tarde de toda la Alemania, y ya preparada para su triunfo en Italia, se habia hecho soberana en Roma. La Revolucion exigia del Papa que sancionara sus doctrinas, y que, tomando su bandera, combatiera por ella. El Papa condenó las doctrinas y las

obras de la Revolucion, mantuvo altamente los derechos que ella pretendia hacerle abdicar, y se negó á declarar la guerra al Austria. Ese *Non possumus* que despues ha repetido á otros adversarios, le opuso desde luego firmísimamente á la sedicion que le hablaba, por decirlo así, boca á boca. *Non posso, non debbo, non voglio;* no puedo, no debo, no quiero. La traicion, que aun fingia halagos, se atrevió á interpretar sus actos y sus palabras como otros tantos aplausos para los revolucionarios. El Papa la castigó con el *mentís* indignado de su honor y de su fe. Declaró altamente que sus esfuerzos, «completamente estraños á toda mira de política humana, solo tendian á la difusion de la Religion Santísima del Crucificado.» Añadió que sí deseaba que los Príncipes, «guardando la ley de la justicia, marchando segun la voluntad de Dios, y defendiendo los derechos y la libertad de la Santa Iglesia, no cesaran nunca, tanto por deber de religion como por humanidad, de trabajar en la dicha y prosperidad de los pueblos,» no por eso habia «cesado de recordar la obediencia que es debida á los poderes, obediencia de la cual nadie puede separarse sin crímen, como no sea en el caso de que se ordenara alguna cosa contraria á las leyes de Dios y de la Iglesia.» Finalmente, Pio IX protestó sobre todo contra aquellos que de su caridad con las personas deducian su tolerancia hácia las doctrinas, suponiendo que, á sus ojos, no solo los hijos de la Iglesia, sino todos los demas hombres, por alejados que estén de la unidad católica, se hallan igualmente en la via de salvacion, y pueden conseguir la vida eterna. «Las palabras nos faltan, decia, para espresar nuestro horror y condenar esta nueva injúria. Sí, Nos amamos á todos los hombres con el mas profundo afecto de nuestro corazon; pero no de otro modo

que en el amor de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, que ha enviado á sus discípulos por el mundo entero para predicar el Evangelio á todas las criaturas; declarando que aquellos que creyeren y fueren bautizados se salvarian, y que aquellos que no creyeren serian condenados. Que aquellos, pues, que quieran salvarse se apeguen á este fundamento de la verdad, á la verdadera Iglesia de Cristo, que en los Obispos y en el Pontífice romano, Jefe Supremo de todos, posee la sucesion no interrumpida de la autoridad apostólica; que todos tambien se acuerden de esto : el cielo y la tierra pasarán, pero ninguna palabra de Jesucristo pasará nunca: nada puede ser cambiado en la doctrina que la Iglesia católica ha recibido de Jesucristo para conservarla, defenderla y enseñarla.»

Estas declaraciones, renovadas sin cesar, condenaban los actos de la Revolucion, y negaban radicalmente lo que puede llamarse su doctrina interna. Con ellas desaparecia para Pio IX el falso oropel de la popularidad de estos tiempos; pero lo que perdia por el lado de la opinion ignorante ó violentada, lo ganaba centuplicado con el apoyo de las conciencias conquistadas por su conducta.

Al verse vencidos de este modo, los demagogos romanos arrojaron la máscara apelando al crímen. El ministro del Papa, Rossi, conciencia de las conquistadas, fue asesinado : Rossi, que antes habia estado unido con los revolucionarios, amaba verdaderamente á la Italia; pero comprendiendo en fin que la causa de la libertad italiana era la causa misma del Pontificado, tuvo la gloria de dar su vida por la verdad que por tanto tiempo habia desconocido. Hiriole el asesino en el dintel de la Cámara de los diputados, á la vista, por decirlo así, de doscientos miserables que se decian representantes del pue-

blo romano, y que, ó eran cómplices del asesinato, ó se callaban cobardemente atemorizados ante el crímen. Ninguno de ellos se levantó para lavarse aquella sangre que sobre ellos caia; ninguno se atrevió á decir que aquella puñalada acababa de concluir con la Constitucion romana. El Papa, despojado de hecho de su poder, prisionero, no teniendo ya en el seno de un pueblo armado por él otro apoyo que el de los representantes de las naciones católicas, hubo de huir para salvar su libertad de Pontífice y quitar á los romanos la responsabilidad de uno de esos crímenes que Dios castiga no solo en los culpables de ellos, sino tambien en sus hijos. Salió, pues, de Roma vestido de simple sacerdote. En las puertas de la ciudad los soldados le dirigieron algunas palabras sin reconocerle, y por fin le dejaron pasar. Sobre su frente, aquel simple sacerdote llevaba intactas la corona temporal y la Tiara, en una aureola de honor y de santidad.

VI.

La veneracion del mundo siguió con Pio IX á Gaeta, mientras en Roma se instalaba una república presidida por los triunviros. El mas ilustre de esos triunviros, el único de quien hoy se conserva memoria, es Mazzini, un asesino : los otros dos eran dos traidores oscuros. Esos hombres proclamaron la caida del poder temporal, pero se dignaron invitar al Papa á que volviera á Roma á ocupar su Sede episcopal. Entre tanto, y para engañar al pueblo romano, que aun no habia salido de las tinieblas cristianas, hacian que algunos sacerdotes de su partido, es decir, abiertamente incrédulos como ellos, celebraran las ceremonias pontificales. Tanta hipocresía, unida á tan

estremada incapacidad, inspiraba un desprecio todavía mas grande que el terror que se tenia á su poder. Los triunviros dejaron degollar á muchos sacerdotes fieles; pero, á pesar de estos parricidios, la república romana de 1849 fue propiamente una mascarada muy ignominiosa de gentes muy malvadas y á la vez muy ridículas. La siniestra orgía cortó muy luego los ataques de esa fiebre política, endémica en el pueblo romano, la *Malaria capitolina*, fiebre bajo cuya influencia el pueblo romano se persuade de que el Capitolio es aun el centro del mundo, y de que la tierra espera sus leyes; dándose en consecuencia tribunos, cónsules, triunviros, y estando sobre todo seguro de que tendrá un dictador. La parodia dura siempre poco, y á pesar de eso nunca le agrada al pueblo hasta el fin; en tanto, en la tierra católica se levanta alguno que acude á terminarla, y la termina. Desde Roma, como desde el resto del mundo, los corazones volaban á Gaeta, y la república francesa, mandataria de la Europa católica, que era presa entonces de las revoluciones, terminó por la fuerza los cortos destinos de la república romana. Las dos repúblicas ni aun tuvieron el consuelo de admirarse de ese desenlace, porque ese desenlace era la imperiosa voluntad, la imperiosa necesidad del mundo. Pio IX volvió á Roma, y volvió á ver la escena de que habia sido testigo en su juventud, cuando con la presencia de Pio VII resucitaba Roma alborozada en su fervor católico. Pio IX, como Pio VII, á su vuelta á Roma tenia que reparar inmensos desastres, y tenia tambien que hacer lo que Pio VII no tuvo necesidad de hacer: dar un inmenso perdon. Pero nada de esto escedia á su celo ni sobrepujaba á su caridad.

Su corona temporal no debia dejar de ser, ni por

un momento, una corona de espinas. Antes de que Pio IX entrara en Roma, un programa célebre (la carta de Napoleon á Ney) le imponia la clemencia, como si se hubiera podido dudar de su corazon, y le escitaba á hacer reformas radicales que, tales como se las exigian, significaban su destronamiento irremediable é inmediato. Escitósele á que diera una amnistía, á que admitiera el Código Napoleon, y á que secularizase su gobierno. De este modo la diplomacia *conservadora* hacia suya la obra del triunvirato, porque, puesto en esas condiciones, el Papa no era mas que el Obispo de Roma. Pio IX declaró que pretendia perdonar y gobernar por sí mismo, y que preferia el destierro á la abdicacion; y ante estas palabras el programa napoleónico cedió, pero sin que dejara de existir. Sin embargo, con eso comprendió Pio IX que, hiciera lo que hiciera, ese nuevo *Memorandum* mantendria en su pueblo la ingratitud y la rebelion, y de aquí la onerosa necesidad de un socorro esterior, y la cansada perpetuidad de ese reproche absurdo, pero por eso mismo tan poderoso en estos tiempos, reducido á decir que el Papa no puede mantener su gobierno sin el apoyo de las bayonetas estranjeras.

VII.

En presencia de estas dificultades reales, que no eran obra suya ni del Pontificado, sino de la Europa, Pio IX no tenia sino un recurso: su constancia en resistir á sus enemigos y amigos. Por lo demas, púsose á trabajar inmediatamente. El comercio, la industria, la instruccion, la moralidad, todo habia quedado paralizado, ó destruido por la república: todo fue prontamente atendido, sobreponién-

dose á la escasez de dinero y sin perjudicar á las obras de utilidad y caridad pública, hasta el punto ya de que en 1858, ni aun el estado de la Hacienda en Roma temia la comparacion con el de los mas prósperos de Europa. Habíase atendido tambien ampliamente al bienestar de los presos, á la educacion de la juventud, al socorro de los huérfanos, de las viudas, de los enfermos y de los ancianos, objetos especiales de la solicitud del Pontífice-Rey; habíanse ejecutado, ó estaban en vías de ejecucion, grandes y hermosas obras, y el espíritu público se habia levantado de un modo admirable, tanto bajo el aspecto político como bajo el aspecto religioso.

Tambien las artes fueron atendidas debidamente. Entre otros trabajos que interesan igualmente al arte y á la ciencia, Pio IX, á quien los arqueólogos han dado el título de *Vindex antiquitatis*, acabó la restauracion de la Via Appia, empezada desde los primeros tiempos de su Pontificado, y de la cual ha hecho el Museo mas admirable y delicioso que existe en el mundo. Las personas que han admirado las melancólicas bellezas de ese Museo, no las olvidarán nunca. Hay en ellas algo que escita mas que la curiosidad, algo que vale mas que la ciencia: hay la belleza; saliendo ademas de aquellas urnas quebradas y de aquellas tumbas grietadas la leccion viva de la nada de las cosas del hombre. Roma, despues de sus templos, no tiene otro lugar del que el corazon conserve un recuerdo mas imperecedero.

No diré mas de las obras de Pio IX, porque ni el objeto ni los límites de este escrito me permiten emprender en él la justificacion del poder temporal. El carácter, la alta inteligencia, la profunda piedad del Soberano, su vida entera, consagrada há mas de medio siglo al servicio

del pais, dicen lo que el gobierno de ese Soberano tiene que ser, dicen lo que es, contra todas las calumnias cínicas y sistemáticas de los impíos. La verdad pura es que ningun pueblo en el mundo se ve tan libre, tan respetado por sus jefes, tan feliz como el pueblo romano. En los Estados de la Iglesia nadie se ve fatalmente destinado á la ignorancia, nadie se muere fatalmente de hambre, nadie se queda fatalmente entregado á la prostitucion, nadie se halla arrastrado fatalmente á la perdicion eterna.

Mientras, como hemos dicho, se entregaba á este fecundo trabajo de Rey temporal, Pio IX, el Pontífice Pastor de la Iglesia, desarrollaba aun mas brillantemente su soberanía espiritual. No puede hablarse tampoco aquí de su solicitud estendida hasta los últimos límites de la tierra sobre los grupos mas ínfimos, mas aislados del rebaño de Jesucristo; ni del acrecentamiento dado á la Propaganda; ni de las Encíclicas frecuentemente dirigidas á los Obispos; ni de las reformas particulares realizadas en el clero romano; ni de la gerarquía católica restablecida en Inglaterra y en Holanda, hechos de inmensa importancia; ni, en fin, de los Concordatos concertados con diversos gobiernos; pero es preciso, por lo menos, hacer mencion del acontecimiento religioso mas importante de los tiempos modernos: de la definicion y proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Vírgen María, realizado en esos años de la vida de Pio IX. Desde los primeros tiempos de su Pontificado, Pio IX habia querido rendir este homenaje á la Madre de Dios; y cuando se hallaba refugiado en Gaeta, pidió á los Obispos de la cristiandad que recogieran en toda ella la tradicion. La respuesta de los Obispos, unánime en cuanto á la creencia, apenas ofrecia algunos disentimientos en cuanto á la

oportunidad de proclamarla. Terminado ya este trabajo en 1854, Pio IX convocó á gran número de Prelados á Roma, y á presencia suya, en la Basílica Vaticana, declaró que «la doctrina que afirma que la Bienaventurada Vírgen María fue libertada de toda mancha de pecado original desde el instante de su Concepcion por los méritos de Jesucristo, Salvador de los hombres, es una doctrina revelada por Dios, y que todos los fieles, por este motivo, deben creer con firmeza y constancia.»

La necedad filosófica de nuestra época, necedad que nace de su ignorancia de la teología, apenas comprendió este grande acto; tan grande, que en el fondo y en la forma, al proclamar esta verdad, Pio IX hirió de muerte dos grandes errores. En el fondo, por la afirmacion del pecado original, echaba por tierra todos los sistemas que tienden á la deificacion del hombre, estableciendo la verdad de su caida, la realidad de su miseria y la necesidad de la Redencion y de la gracia. En la forma, el Papa, al obrar por sí mismo en un acto de esta gravedad, y al decidirlo solo, sin intervencion de ningun Concilio y á presencia de toda la Iglesia obediente, atestigua con mayor elocuencia que la de los hechos de sus predecesores su pleno poder y su infalibilidad.

Pio IX, como él mismo lo ha dicho, no tiene ningun conocimiento de la política humana: pero cree en su derecho, suplica á Dios que inspire su fe, su justicia y su corazon, y, siguiendo esas ispiraciones que Dios le concede, Pio IX triunfa del mundo.

VIII.

Se acercaba la época en que esta asistencia divina de-

bia llegar á serle mas necesaria que nunca. Multiplicábanse los signos precursores de una próxima perturbacion. En el Congreso de Paris, convocado á consecuencia de la guerra de Crimea, los representantes de Francia, Cerdeña é Inglaterra formularon contra el gobierno del Papa quejas que muy luego se hicieron públicas. Es verdad que, por de pronto, esos ataques no tuvieron ninguna consecuencia oficial; pero ya la señal para el asalto quedaba hecha en ellos.

El conde de Cavour, representante del Piamonte, se habia lamentado de la suerte de las Romanías, que, segun él, eran víctimas de la arbitrariedad y estaban privadas de toda libertad y de todo órden. Para contestar á este abogado oficioso de la desgracia de su pueblo, Pio IX emprendió un viaje por las provincias cuya situacion era tan miserable, cuyos deseos eran tan poco atendidos, y llamó á los principales del pais, y sobre todo á los descontentos. Algunos de estos, el marques Pepoli entre otros, habian sido colmados de beneficios. Preguntoles lo que querian; pero lo que querian no podian decirlo, é hicieron mil protestas de fidelidad, uniendo sus aclamaciones mentirosas á las sinceras de la adhesion popular. Pio IX lo examinó todo, se enteró de las necesidades verdaderas, las satisfizo segun los impulsos de su generosidad natural, es decir, escediendo con mucho á los medios regulares del Estado. Pero ¿se trataba acaso de las verdaderas necesidades y de los verdaderos sentimientos del verdadero pueblo?

En Francia, en Inglaterra, en Italia, y muy pronto en toda la Europa, la prensa revolucionaria redobló sus calumnias contra el gobierno pontificio, y el estrépito asqueroso de sus palabras hizo olvidar los beneficios del Príncipe y la voz agradecida de sus súbditos. Por entonces se



inventó tambien el célebre infortunio de los Mortara. Conforme á la ley de la Iglesia y á la ley del Estado pontificio, un niño que habia nacido judío fue sacado de casa de sus padres, porque, bautizado en peligro de muerte, pertenecia ya á Jesucristo. El niño, recogido en Roma, era educado por cuenta del Santo Padre, separado sí de su familia, pero no secuestrado; y sus padres podian verle cuantas veces quisieran. Esta aplicacion de la ley parecia ya una injuria al espíritu generoso del siglo, un crímen contra la naturaleza, y una prueba, en fin, de que el gobierno pontificio debe ser arrancado del mundo como la última mancha que queda de los tiempos de barbarie. El clamor, ó mas bien el rugido de la prensa, llegó á ser universal. La diplomacia unió su voz á este concierto de los periódicos. ¡La Inglaterra, los Estados-Unidos y la Rusia, enviaron notas á Pio IX para enseñarle á ser humano! En Francia, un empleado de la corte hizo sobre esta materia, y con el mismo designio, un drama célebre. Esta comedia de lágrimas duró seis meses; solo concluyó por el esceso del cansancio, no por el esceso del ridículo; y, de todos modos, se entretuvo y se avivó el odio de ciertas opiniones hasta la guerra de Italia.

La presencia de una fuerza francesa en Roma ha sido una proteccion siempre eficaz contra los facciosos; pero al mismo tiempo ha sido una proteccion siempre incierta. Constantemente se ha hablado de restringirla, y con frecuencia se ha hablado tambien de suprimirla. Por otra parte, como las causas esteriores del desórden permanecian siendo las mismas, el Papa tuvo que resignarse á formar un ejército que pudiera contener á los sediciosos cuando la Francia se retirara. Gran desgracia es para el

Papa, y gran humillacion es para la Europa, que el Vicario de Jesucristo se vea obligado á tener un ejército. En el pueblo del Príncipe de la paz no debia haber mas fuerza pública que la de la policía; porque, ¿á quién quiere hacer la guerra? Mas ya que la necesidad lo impone, ya que en modo alguno depende del Soberano el destruir la causa determinante de ello, que no está en él ni en su pueblo, se creó un ejército que subia á cerca de veinte mil hombres, todos voluntarios, porque el Papa no consiente que se establezca la contribucion de sangre. Este ejército, instruido y disciplinado á la francesa, garantizaba perfectamente el órden interior, y dos de sus regimientos supieron en un momento recobrar la ciudad de Perusa, cogida por un golpe de mano de los revolucionarios. Sabido es cómo, atacado sin declaracion de guerra, anonadado por el número, el ejército pontificio pereció gloriosamente en la traidora emboscada de Castelfidardo; pero lo que no se sabe es que los prisioneros *italianos* de Castelfidardo, sometidos durante dos meses á la accion del vencedor, sucesivamente tentados por el atractivo de una recompensa grande y por la amenaza de un interminable cautiverio, han permanecido fieles á su Soberano, y sirven hoy dia casi todos bajo sus banderas.

En lo que respecta al Papa, todas las consecuencias de la guerra de Italia, no menos que la agresion de Castelfidardo, continuaban admirando á la conciencia pública. A pesar de la neutralidad declarada y admitida, á pesar de la proclama del Emperador de los franceses que le garantizaba el completo dominio de su patrimonio, el Santo Padre se ha visto despojado de las Legaciones, de la Umbría, que eran sus provincias mas ricas, y se ha visto despojado, no por la Francia victoriosa, sino por el

Piamonte protegido por ella. No tratamos ni podríamos esplicar cómo el Piamonte ha podido cometer impunemente este crímen, mas grande que otros muchos crímenes muy grandes que ha cometido; hay en esta historia misterios que solo lo son porque no puede dejarse oir la conciencia de los católicos. Por lo demas, y dígase lo que se quiera, el hecho podrá estar consumado, pero ni está consentido, ni está asegurado. Está aun por decirse la última palabra sobre él, ó si esa palabra se ha dicho, ha sido por Pio IX; y esa última palabra de Pio IX anuncia cuál será la última palabra de Dios, que se inquietará poco por hablar como los vencedores del dia. Los mismos que han inventado el «derecho nuevo,» demuestran que no le juzgan título suficiente para conservar lo que tan fácilmente permite adquirir. Por eso se conjura al Papa á que conságre el despojo de que ha sido víctima. El Papa ha dicho: *Non possumus!* y es probado que siempre que el Papa ha dicho «no puedo,» siempre Dios ha dicho, «no quiero.»

S. M. el Rey del Piamonte, antes y despues de su promocion á la soberanía de Italia, ha conocido personalmente el vigor de las negativas de Pio IX. Hé aquí dos documentos oficiales que son á la vez dos grandes páginas de historia y dos grandes rasgos de carácter.

En 1859, despues de lo que se ha llamado la sublevacion de las Romanías, pero antes del falso voto por el cual estas provincias quedaron en la posesion del Rey del Piamonte, tratose con instancia de reunir un Congreso para arreglar los asuntos de Italia. Pio IX, al consentir en ese Congreso, escribió por su propia mano al Rey del Piamonte para comprometerle á que se presentase en él como defensor de los derechos de la Santa Sede. Algun

La respuesta del Papa fue inmediata, y en ella se descubre la dignidad de un corazon leal y la indignacion de un alma generosa, resumiéndose tambien admirablemente toda la historia de la anexion, todos los sofismas diplomáticos, y toda la verdad que la Santa Sede les opone en nombre del deber y en nombre del derecho. Así dice:

«Los acontecimientos que han tenido lugar en algunas provincias de los Estados de la Iglesia, imponian á S. M., segun me ha escrito, el deber de darme cuenta de su conducta en esos acontecimientos. Podria limitarme á combatir ciertos asertos contenidos en su carta, diciendo, por ejemplo, que la ocupacion estranjera de las Legaciones se hallaba hacia tiempo circunscrita á la ciudad de Bolonia, que nunca formó parte de las Romanías; podria decir que el pretendido sufragio universal fue impuesto y no voluntario, absteniéndome por otra parte de preguntar á V. M. su opinion sobre el sufragio universal, así como tambien de decirle la mia; podria insistir sobre esta y otras consideraciones. Pero lo que sobre todo me impone el deber de rechazar la idea de V. M., es el estar viendo la inmoralidad creciente en esas provincias y los insultos que en ellas se hacen á la Religion y á sus ministros. Aun cuando no estuviera obligado á mantener intacto el patrimonio de la Iglesia por juramentos solemnes, juramentos que me prohiben acceder á toda tentativa que tenga por objeto disminuir ese patrimonio, me veria forzado á rechazar todo proyecto hecho en ese sentido por no manchar mi conciencia por una adhesion que me llevaria á participar y sancionar indirectamente esos desórdenes, concurriendo nada menos que á justificar un despojo injusto y violento. Por lo demas, no solo no puedo acoger benévolamente los proyectos de V. M., sino

que, al contrario, protesto contra la usurpacion que se efectúe en detrimento de la Iglesia, usurpacion que deja en la conciencia de V. M. y de todos los que hayan cooperado á este insigne despojo, las fatales consecuencias que en él se entrañan. Estoy persuadido de que V. M., al leer con ánimo mas tranquilo, menos prevenido y mas instruido de los hechos, la carta que me dirige, encontrará en ella numerosos motivos de arrepentimiento. Suplico á Dios dé á V. M. la gracia que bien necesita en las difíciles circunstancias del momento.

»Pius, P. P. IX.

»En el Vaticano, 2 de abril de 1860.»

Por esta vez el Rey del Piamonte entendió lo que se le decia, y no replicó, ó, mas bien, la réplica del Piamonte fue la emboscada de Castelfidardo que tuvo lugar seis meses mas tarde. Por la victoria de Castelfidardo, el comprador de las Romanías llegó á hacerse conquistador ganando las Marcas y la Umbría. El mundo ha visto despues, y aun hoy está viendo, la actitud de los dos personajes, la del vencedor y la del vencido : el mundo sabe, y la conciencia del mundo proclama, dónde está el honor, dónde está la fuerza, dónde está la verdadera victoria.

IX.

Muchas de las cualidades que se consideran necesarias en los directores de la política humana, el disimulo, el desden hácia la justicia, el miserable ardor por dominar, faltan á Pio IX; su carácter, tanto como la fe, le separan de ellas. Como Papa, tiene deberes para con el cielo

y para con la tierra, y esos deberes él los conoce y los llena. Debe, con peligro de su trono y de su vida, sostener los derechos de la Iglesia y el honor de Dios, y sufrir el destierro, y, si necesario fuera, la muerte, para que el honor de Dios quede salvo, y para que se mantengan los derechos de la Iglesia. «¡Señor, esclamaba David; que aquellos que esperan en Vos no se avergüencen de mí!» Esta es tambien la oracion de Pio IX. Pio IX no está encargado de procurar el triunfo de la verdad desconocida, está encargado de confesar esta verdad hasta la muerte; porque de este modo, en la época fijada por Dios, la verdad surge viva de la tumba de sus mártires. Pio IX decia en cierta ocasion: «No esperimento ninguna dificultad; todo el mundo parece que se ha puesto de acuerdo para pedirme cosas igualmente contrarias al honor humano y á la fe cristiana, y nada mas fácil que decir *no*.» Por eso á todas las sugestiones ha respondido *no*, y á todas las amenazas ha respondido: *cumplidlas*. Y con solas estas dos palabras ha levantado en los muros de Roma un dique contra el cual se estrellan las olas furiosas de la Revolucion. Y ¿por qué las olas no pasan sobre ese dique? ¿Por qué no han sumergido ya el Vaticano? ¡Parecia tan fácil el hacerlo despues de lo de Castelfidardo, y aun hoy la *opinion* pide con tanta insistencia que se acabe de una vez! Pero esa opinion, aunque parezca lo contrario, no lo puede todo. La constancia de Pio IX, esa constancia que no ceja ni aun cuando ya toda esperanza parece perdida, ha dado á la razon tiempo para comprender, á la conciencia tiempo para hablar, y la razon y la conciencia unidas han levantado alrededor de la Santa Sede un baluarte ya inespugnable, al menos para el Piamonte. Al negarse á abdicar su derecho, el justo indefenso se ha mostrado, no solo mas

grande, sino que ha llegado á ser mas fuerte que sus adversarios, atrayendo hácia sí una fuerza que parecia no existir ya aquí en la tierra: la fuerza del amor. Pio IX es amado; Pio IX da al género humano el espectáculo de un jefe de pueblo en quien la conciencia puede descansar con perfecta tranquilidad; un jefe que nada dice que no sea verdadero, que nada quiere que no sea justo, que justifica plenamente todos sus actos, y que, por solo la majestad de su corona y la sola virtud de su corazon, sin otro recurso, se sobrepone á todas las violencias é inutiliza todas las supercherías.

Sin embargo, no porque desdeñe las amenazas de la política humana, Pio IX se halla en frente de sus enemigos sin medios personales de defensa. Ademas de esa armadura impenetrable formada por el derecho, por la justicia y por el honor, armadura en que se embota todo golpe dado por la violencia ó por la astucia, Pio IX posee en grado eminente la perspicacia, la paciencia, la vigilancia y la decision. No aborrece á los hombres, y tampoco los desprecia; pero los conoce. Cuando ya una vez su mirada penetrante y tranquila ha visto el fraude, se precave para siempre, y desde entonces las ventajas del secreto no sirven nada contra él. Dos llaves le descubren al Papa, mas tarde ó mas temprano, todos los secretos: en sus manos, la paciencia; en las manos de sus adversarios, la pasion. Ni los conspiradores de 1848, ni el conde de Cavour, ni otros mas astutos que el conde de Cavour, han podido engañarle por largo tiempo: ha sondeado sus combinaciones mas secretas, y, salvo acaso ciertos actos de maldad que un hombre de bien nunca puede prever, nada de cuanto ha visto le ha sorprendido.

No ha temido ni por callarse ni por hablar, y su voz leal se ha levantado oportunamente para condenar el error y para desenmascarar á los hipócritas. Ante los sofistas de la Revolucion, Pio IX supo proclamar las verdades que podian hacerle impopular; mas tarde, dominado por otra fuerza, perseguido por las notas diplomáticas ó por los libelos autorizados, ha hablado con no menor franqueza, desafiando la cólera de sus contradictores, llenándoles de confusion. Tampoco se ha desdeñado de aplastar directamente á ciertas serpientes que habian contado demasiado con los esfuerzos de su agilidad, la hermosura de su piel y la calidad de su veneno. Así pereció á los pies del trono pontificio el famoso escrito anónimo *El Papa y el Congreso*, en el que toda la Europa creyó ver el programa de los acontecimientos futuros. El autor de ese escrito, sin que se alabara de descender de una raza piadosísima, queria presentarse como mas católico aun que el Rey del Piamonte, llevando al último estremo la habilidad. El Papa creyó conveniente decir dos palabras sobre él, y las dirigió al general en jefe del ejército francés que le felicitaba oficialmente á la entrada de año, diciéndole: «Ese escrito es la cosa mas miserable que he visto: es un tejido vergonzoso de contradicciones; un monumento insigne de hipocresía.» El tejido, si es que le habia, quedó rasgado con el golpe; y toda la habilidad del libelo solo sirvió para que se le enterrara con ese epitafio inmortal: *fue un monumento insigne de hipocresía.*

Pio IX ha tenido el cuidado de escribir en cierto modo y dia por dia toda la historia política del Pontificado. Nada queda en ella sin una aclaracion pública, que será irrefutable á los ojos de la historia; no ha permitido que la mentira pudiera engañar á la posteridad. Los documen-

tos que emanan de él directamente, tienen la elocuencia de su carácter, que es una mezcla de fuerza y de ternura, vibrando siempre en ellos el sentimiento de su amor y de su dignidad. En una de sus proclamas á los romanos, cuando la sedicion queria llevarle al Calvario, Pio IX esclamaba: «*Popule meus, quid feci tibi?* Pueblo mio, ¿qué te he hecho yo?» Y en Gaeta, viendo ya á Roma en poder de los mazzinianos, decia: «¡Oh Roma, Roma! Todos los dias, Dios es testigo de ello, levanto mi voz hácia el Señor, y, prosternado, le suplico ardientemente haga cesar el azote que te está desolando, y que por momentos pesa mas sobre ti. Le suplico que contenga las sugestiones de las doctrinas perversas, y què aleje de sus muros y de todo el Estado á los charlatanes políticos que abusan del nombre del pueblo.» En otra ocasion emplea la palabra misma de Jesucristo, para confundir á la tortuosa habilidad que se atreve á imputarle pensamientos que no abriga: «*¡He hablado públicamente al mundo; nunca he dicho nada en secreto!*»

Esta elocuencia le es natural, y surge rápida, abundante, fuerte, y siempre sencilla, en las frecuentes ocasiones que se le ofrecen de hablar públicamente. En Roma, todas las memorias están llenas de sus breves discursos cuyas palabras parecen calcadas como las de las monedas. Hace un año, despues de los oficios de Navidad que se celebran en San Juan de Letran, el Cardenal decano se presentó ante el Santo Padre ofreciéndole las felicitaciones del Sacro Colegio. Era aquel un momento de alarma, uno de esos momentos en los que con nada se cuenta, en los que se ve al enemigo á punto de intentar su último y victorioso esfuerzo. Pio IX, en su respuesta, señaló con la mayor energía el triunfo infalible de

la Iglesia. Estendiendo la mano hácia el lado de la grande arena de los mártires, próxima á la augusta Basílica: «Ese anfiteatro, dijo, ese Coliseo que hay cerca de aquí, fue en los primeros siglos de la Iglesia como un cáliz que recibió la sangre de los héroes cristianos, y es hoy como la copa que recibe nuestras lágrimas. Aquella sangre y estas lágrimas claman hácia el cielo, y moverán el corazon de Dios en favor de su Iglesia.» Dirigiéndose poco despues á los oficiales del ejército pontificio, cuyo homenage acababa de admitir, les dijo: «Conozco vuestra fidelidad, y sé que nada deseais tanto como darme pruebas de ella. Ese momento puede venir, y cuento para entonces con vosotros. Tened por seguro, como yo lo tengo, que los designios de los enemigos de la Santa Iglesia no prevalecerán. Han querido destruirla despojándola de su poder temporal, y yo tengo la certidumbre de que aun esa misma autoridad le será devuelta, y que la Santa Sede volverá á recobrar todas sus provincias. Puede ser que yo deje de vivir antes que se cumpla este acto de justicia; pero eso ¿qué importa? Simon, hijo de Juan, está sujeto á la muerte; Pedro nunca muere.» Este pensamiento es habitual en él. Decia en otra ocasion, hablando en el seno de la confianza: «Dios está ahí para sostener á su Vicario, y para impedir que desfallezca. Puede dejar que se le arroje de Roma, pero solo para mostrar que puede volver á traerle. Yo he sido arrojado, y he vuelto; pueden arrojarme nuevamente, pero nuevamente volveré; y si muero... Y bien, si muero, Pedro resucitará.»

La fe es el rasgo que domina en esa fisonomía en la que se reune toda la belleza moral. Un Prelado de la corte romana, que hace largo tiempo tiene la dicha de vivir cerca del Santo Padre, decia: «Está dotado de una

fe absoluta; no puede concebirse nada que vaya mas allá de esa plenitud de fe : no hay en ella ni sombra ni límites; no hay para ella conmocion posible. Es la roca en lo absoluto.» Un dia, en una de esas conversaciones que tan liberalmente concede á los fieles mas oscuros, Pio IX describió él mismo uno de los caractéres de su fe. Dignose contar que se le habian comunicado cierto número de revelaciones que algunas almas piadosas habian tenido sobre él, y á las cuales nunca habia dado grande importancia. «Una sola de esas revelaciones vino á herirme, añadió. Al principio de mi pontificado, una buena devota me escribió que Nuestro Señor me habia presentado á ella bajo la forma de un niño á quien llevaba por la mano. Ignoro si esa fue una vision verdadera, ó un simple efecto de ilusion; pero me conmovió la imágen, la recuerdo siempre, y deseo ser ese niño llevado por la mano del Señor; un niño dócil y confiado, á quien se coge, se lleva y se deja, que espera, que encuentra bueno y justo todo lo que ordena su padre, y que le obedece.» Al hablar así, Pio IX agitaba su mano estendida, y su mirada y su sonrisa parecian contemplar viva la dulce imágen que estaba describiendo.

La conversacion de Pio IX es la conversacion mas atractiva que puede imaginarse. No es una exageracion decir que el mundo entero da testimonio de ello. Pródigo en beneficios, ha encontrado, sobre todo, el secreto de *prodigarse* á sí propio. En estos últimos diez y seis años, Pio IX ha acogido á una multitud innumerable de individuos de todos los paises, de todas las edades y de todas las condiciones; les ha escuchado, y ha conversado con ellos, dejándoles admirados, ó, por mejor decir, embelesados con su dulzura. Aquella paciencia que todo lo escucha,

aquella inteligencia que todo lo comprende, aquella caridad que hácia todos se inclina, están servidas por una memoria que no olvida ni un incidente ni una fisonomía. Pio IX se ha acordado siempre del pobre, del mendigo y del esclavo, y les ha consolado: al subir al trono, ha reconocido á los últimos amigos de su juventud. Algunos fieles de ínfima condicion que han tenido la dicha de volver á besar sus plantas despues de un largo intervalo, le han oido seguir la conversacion en el punto donde la habian dejado diez años antes, teniendo de esa suerte el gozo esquisito de reconocer en él aquel delicado y profundo carácter de la bondad, que se adhiere mas y mas á aquellos á quienes ha favorecido mucho.

La bondad es lo que constituye el fondo de aquella alma magnánima: aquella alma es buena, es serena, y lo que acaso sorprenderá, es jovial. Pero, ¿no deberia admirarse, por el contrario, que tanta aplicacion al bien, una fe tan viva, una caridad tan ardiente y una asistencia tan continua de Dios en los peligros, no fueran tan recompensadas por ese don de la tranquilidad de la que irradia dulcemente esa santa alegría? Su gravedad sonrie fácilmente, tan fácilmente como se conmueve. Habla de los hombres sin amargura, evitando, hasta donde le es posible hacerlo, el nombrar á sus enemigos. Cuando se defiende contra ellos, su lenguaje espresa la compasion, y en el fondo del acto malo solo ve la terrible responsabilidad del pecador, conociéndose que, por su parte, desearia absolver.

Pero esta dulzura de carácter no le quita la severidad del Príncipe, del Doctor, del Juez. Los pequeños ignoran esto; algunas veces los grandes lo han aprendido á su costa. Se ha visto en mas de una ocasion á hombres cons-

tituidos en dignidad, salir llenos de terror de la estancia de ese bondadoso Soberano; algunos Reyes formidablemente reprendidos por sus cartas, han tenido la suerte de aprovechar mas con ellas que el Rey del Piamonte. Sin embargo, tales actos de rigor son raros, y solo tienen lugar cuando han llegado á ser absolutamente necesarios: lo constante es la bondad que desborda en toda la vida del Papa. Hácia los humildes y los pobres, esa bondad llega hasta la complacencia en anticiparse á sus menores deseos. *Pater pauperum*: este es uno de los nombres de Jesus. Una esclava negra de Nueva-Orleans, llevada á Roma por sus amos, tenia grandes deseos de encontrarse al Papa en alguno de sus paseos para recibir su bendicion. El Papa tuvo noticia de eso, se acordó de ello, y envió á la pobre negra una carta de audiencia. Esto pasaba la víspera de Pascua, y una gran concurrencia, en la que se contaban muchos Príncipes de la tierra, esperaba en la antecámara que el Papa se dignara recibirla. La primera persona á quien Pio IX hizo llamar fue á la negra. «Hija mia, la dijo; sois muy pequeña, muy ínfima á los ojos del mundo, pero podeis ser muy grande á los ojos de Dios.»

En este tono estuvo hablando largo tiempo con ella, preguntándola tambien si tenia penas. «En cuanto á penas, respondió la negra, tengo muchas; pero desde que me han bautizado he aprendido á aceptarlas como hijas de la voluntad de Dios.» Exhortola Pio IX á que perseverase en ese amor de Dios, y en fin la dió su bendicion, bendiciendo al mismo tiempo á todos sus hermanos de esclavitud. Es fácil figurarse cuál seria la satisfaccion de la pobre negra con esta acogida.

¡Cuántos actos semejantes hay en la vida de Pio IX!

Se cuentan por centenares, y no se conocen todos. En la mayor parte de los hospitales de Roma se le ha visto á la cabecera del lecho de los enfermos, llenando las funciones de un simple sacerdote, de un sacerdote lleno de celo por el bien de las almas. En la época del cólera recibió la confesion y el último suspiro de un pobre á quien nadie asistia, á causa del gran número de los enfermos. En sus paseos (una distraccion que se toma, aunque tambien con un objeto caritativo) detiene á los niños, les interroga sobre el Catecismo, se informa sobre las necesidades de su familia. Sus limosnas esceden á todo lo que puede imaginarse. Desde su elevacion al Pontificado, en 1846, hasta el año de 1857, es decir, en once años, habia gastado en obras de piedad y de caridad cerca de treinta y seis millones de reales; suma que parecerá increible si se considera la pequeñez de sus recursos privados, que son de cuatro mil doscientos escudos por año; es decir, unos noventa y cinco mil reales (1). Pero la mayor parte de esta suma habia sido traida de Gaeta, donde afluian las ofrendas de la cristiandad. Sin embargo, ni para este uso acepta el Papa las ofrendas sin conocer su procedencia y los designios de los oferentes. La política le ha ofrecido dinero que él ha rechazado. Hace algunos años, un hombre muy rico legó cerca de veinte millones de reales *all'anima sua*, á su alma, para fundaciones de misas; aquel hombre tenia mala fama, y el Papa dejó atacar el testamento. «Era un usurero, dijo, y la Iglesia no debe mancharse con sus dones: mejor hubiera sido, añadió, distribuirlo todo á los pobres.»

(1) Esto es lo que le queda al Papa personalmente de los tres millones que tiene y que sirven para sostener los palacios apostólicos y dar la asignacion á los Nuncios, Cardenales, etc.

Su caridad tiene rasgos de príncipe. Poco tiempo despues de su vuelta á Gaeta, la Reina Isabel de España le envió una tiara valuada en cincuenta mil escudos. Pio IX conservó el regalo de la soberana, pero hizo inmediatamente que su precio se distribuyera en limosnas, remedios y auxilios de toda especie. Podria decirse de Pio IX que tiene la dignidad y la generosidad de un antiguo caballero, si no tuviera lo que vale infinitamente mas que eso: la dignidad y la generosidad del sacerdote y del Santo.

En la conversacion familiar, Pio IX es vivo, jovial, dulce y gracioso, siempre amable y siempre oportuno. Tiene palabras que caracterizan, que son verdaderos retratos, dulces advertencias, observaciones finas que ponen á los hombres en su verdadero lugar, y colocan las cosas en su verdadero punto de vista. Un general francés, un poco enfático, llenaba á Roma con el ruido de sus retretas, marchas y contramarchas militares. El Papa le hizo llamar. «Señor general, le dijo: vuestro Emperador ha dicho estas hermosas palabras: *El imperio es la paz.* Pues bien: sabed que los Papas aman la paz, y que van por todas partes diciendo á todo el mundo: *Pax vobis.*» Decia últimamente hablando á unos puseistas ingleses (1): «No seais como las campanas, que llaman á las gentes á la iglesia, y se quedan ellas fuera.» Cuando se le suplica que escriba algunas palabras al pie de alguna estampa ó en la portada de algun libro, lo hace siempre con la mayor oportunidad, y, cuando llega el caso, con un santo atrevimiento. No há mucho que el príncipe heredero de Prusia, protestante como es sabido, le pidió un recuer-

---

(1) Los puseistas forman ya en el protestantismo una secta que se aproxima á la Iglesia Católica hasta el punto de admitir la confesion auricular. *(N. del T.)*

do de ese género, presentándole una imágen del Niño Jesus. El Santo Padre escribió al pie: *Illuminare his, qui in tenebris... sedent* (Lúc., I, 79). Un dia presentáronle su busto, y trazó sobre el mármol estas palabras que el espíritu del Señor dirigió al Profeta Ezequiel: *Frontem tuam duriorem frontibus eorum* (III, 8.).

En Rávena visitó, como todo buen italiano, el mausoleo del Dante, y en el libro en que se deseaba guardar su firma escribió este terceto de la *Divina Comedia:*

Non é il mondan romore, altro che un fiato
Di vento, ch'or vien quinci, or vien quindi,
E muta nome, perché muta lato (1).

X.

La tarea del Papa empieza á las seis de la mañana. Tan pronto como está vestido visita el Santísimo Sacramento, y se prepara á celebrar la Santa misa, despues de la cual oye otra que en accion de gracias dice un sacerdote de su servidumbre. En seguida da audiencia al Cardenal secretario de Estado encargado de los negocios públicos, y al mayordomo encargado de los de Palacio. Mas tarde lee las numerosas cartas que se le dirigen y que entrega á un secretario, juntamente con sus instrucciones. En todo este trabajo de la mañana toma una ligera colacion, compuesta de un poco de pan, una mezcla de café con chocolate, y un poco de agua. A las diez empiezan las audiencias propiamente dichas, que duran ordinariamente hasta las dos, hora de la comida. La comida es lo mas sencilla que puede concebirse : en el Vaticano el

(1) La opinion del mundo no es sino una corriente de aire que viene tan pronto de una parte como de otra, y que cambia de nombre al cambiar de lado.

Papa come siempre solo, y el gasto de la mesa no llega á diez y nueve reales en todo el dia. A las tres de la tarde le preparan el coche, y se dirige por lo comun fuera de puertas, donde puede hacer un poco de ejercicio : algunas veces, tambien, va á visitar algun monasterio, y á consolar con su presencia á las pobres reclusas, á quienes pide siempre, y especialmente cuando mas siente la necesidad de ser iluminado, que rueguen por él. Nunca decide nada sin haber antes orado mucho. El paseo que da le sirve, mas aun que de reflexion, de recreo. Entre cinco y seis de la tarde, hora para la cual ya ha vuelto al Vaticano, empiezan de nuevo las audiencias, que se prolongan hasta las nueve ó las diez de la noche, y á veces hasta mas tarde. A esa hora el Papa recita sus oficios, vuelve á orar, y retirándose á un humilde cuarto cuadrado, sin muebles, sin chimenea (1), se entrega por fin al descanso. ¡Al descanso! Ha trabajado, ha consolado, ha visitado durante todo el dia, y mas de una vez se le ha oido orar y gemir durante el resto de la noche. Habiéndose un dia atrevido un camarero á felicitarle por su serenidad, que tranquiliza á todo el mundo: «*Pero*, dijo con gran sentimiento Pio IX, *non sono di legno!...*» Y levantando los ojos al cielo, apagó su sonrisa esa semiqueja, ó, mas bien, esa confesion de los dolores que desgarran su pecho. Sin embargo, su alma firme, en la que Dios se halla siempre presente, le permite ese reposo de los fuertes que saben dormir en medio de la tempestad, para poder contemplarla luego con mirada mas serena, y dominarla con brazo mas firme.

---

(1) No se enciende fuego en el cuarto particular del Papa. Un dia de invierno en que hacia un frio vivísimo, el Santo Padre no lo pudo resistir, salió de su gabinete, y fue á sentarse en el brasero que en la pieza del lado tenia su ayuda de cámara.

Ademas de las audiencias llamadas estraordinarias (que llegan á ser habituales, cotidianas), se ha señalado un dia de la semana para una clase determinada de asuntos que reclaman continuamente la atencion del Soberano Pontífice. Tambien durante el mes y durante la semana son inspeccionados y dirigidos por el Papa todos los servicios generales de la Iglesia y todos los servicios particulares del Estado (1).

El Santo Padre ve tambien cotidianamente al Secretario de Estado ó á su sustituto, y ademas se informa de los asuntos por sus camareros, á quienes elige ex profeso de distinto carácter, aptitud y nacionalidad. Esos camareros son todos sacerdotes llenos de celo, ocupados en obras importantes, que pueden llamarse ayudantes de campo de su caridad, y que por su orígen se hallan en relaciones con los personajes mas eminentes de la sociedad europea.

---

(1) Hé aquí el cuadro de las audiencias fijas:

LÚNES.

Mañana. Cardenal secretario de los memoriales y ministro de la Guerra. Primer lúnes del mes: presidente de la Academia de los Nobles Eclesiásticos, y secretario de la Congregacion Regular (estas audiencias se repiten el tercer lúnes). Segundo lúnes: promotor de la Fe. Cuarto lúnes: abogados de los pobres.

Tarde. Cardenal prefecto de la Firma, secretario de la Congregacion del Concilio, Ecónomo de la fábrica de San Pedro, y secretario de los Breves á los príncipes.

MÁRTES.

Mañana. Cardenal secretario de los Breves y Cardenal Pro-datario. Cardenal visitador del hospicio de San Miguel, Gran Limosnero, y Padre Maestre del Sacro Palacio.

Tarde. Comendador del Espíritu Santo y presidente de la Consulta, que es uno de los principales tribunales de Roma.

MIÉRCOLES.

Mañana. Ministro de Obras públicas, ministro de lo Interior y de la Policía, y ministro de Hacienda.

Para todos los que han tenido que hablar á las personas que rodean al Papa, es una necesidad espresar los sentimientos de agradecimiento y respeto que inspiran. ¿Dónde, en efecto, puede encontrarse mayor dignidad, mayor amenidad, y, al mismo tiempo, mayor lealtad que en esa corte pontificia, en la que resplandecen todas las virtudes cristianas? Pio IX sabe elegir á los hombres; así que, se encuentra en aquellos que le rodean, y aun en los que ocupan los últimos puestos, algunos de los rasgos del carácter que tanto se admira en él. Si á esto se añade la multitud de visitantes, Prelados, simples sacerdotes, particulares de todos los paises y de todas las condiciones, hombres de Estado, hombres de sociedad, pobres peregrinos que llegan á pie, que afluyen sin cesar al Vaticano, y que son recibidos en él con una bondad sin límites, bien puede decirse que ningun soberano, y acaso

---

Tarde. Asesor del Santo Oficio, secretario del Consistorio, secretario de los Negocios Eclesiásticos, y secretario de las Letras latinas.

JUÉVES.

Mañana. Congregacion del Santo Oficio.
Tarde. Auditor de la Santa Sede, y secretario de los Breves para los príncipes.

VIÉRNES.

Mañana. Cardenal secretario de los Breves, Cardenal Pro-datario, Cardenal secretario de los Memoriales, y secretario de la Congregacion de Ritos.
Tarde. Cardenal Gran Penitenciario, y secretario de la Congregacion de los Obispos y Regulares.

SÁBADO.

Mañana. Ministro del Interior, y ministro de Hacienda.
Tarde. Cardenal vicario, secretario de las Letras latinas, y secretario de la Visita Apostólica.

DOMINGO.

Tarde. Secretario de la Propaganda, auditor de la Santa Sede, y secretario de los Estudios.

ningun hombre, se halla tan ocupado como Pio IX, ni tiene motivo para creerse mas perfectamente instruido de las necesidades, deseos, sentimientos y errores del mundo.

XI.

Este conocimiento del Papa, unido á las luces naturales de su fe, vivas en una inteligencia tan elevada, debian producir lo que el mundo contempla hoy, es decir, esa seguridad, esa serenidad de una fuerza invencible en medio de todas las apariencias y de todas las realidades de la debilidad material. Pio IX no ignora lo que pueden sus enemigos; pero no desconoce el lugar que él ocupa en el mundo. Ha puesto la mano sobre el corazon de la humanidad, ha contado y discernido sus pulsaciones, y sabe, si se puede hablar así, que no es solo Dios, ni mucho menos, el que está con él. Ha sufrido, y espera sufrir aun mas; pero cuenta con la victoria, y ha contado siempre con ella.

Al dia siguiente de Castelfidardo, Pio IX daba á los restos de su ejército asesinado una medalla conmemorativa de su derrota, y ninguna condecoracion militar se lleva con mas orgullo. ¿Y qué inscripcion grabó sobre ese recuerdo de un desastre? Unas palabras que pronunció San Juan en tiempo de Claudio: *Victoria quæ vincit mundum, fides nostra.* Estas son de esas ideas pontificias que, como decia un diplomático francés, se escapan á toda discusion, y que, gracias á Dios, va ya para diez y ocho siglos que se sustraen tambien á toda refutacion. La fe del Pontífice ve sin alarma la admiracion de los diplomáticos, y prosigue su marcha tranquila á través de su cólera y de sus consejos temerosos.

Sin embargo, Pio IX, al colocar en Dios su esperanza, quiere honrar á la conciencia y á la razon humana, esperando tambien alguna cosa por ese lado. Despues de haber bebido hasta las heces la copa preparada por la ceguedad, la ingratitud y la calumnia, á pesar de que la copa vaciada veinte veces vuelve á hallarse llena hasta los bordes, Pio IX no ha desesperado de la especie humana; no ha querido dudar de la fe, del amor, del honor, y ni aun del buen sentido de la humanidad. Ha llamado á esas puertas cerradas, obstruidas, vigiladas; ha pedido oraciones, ha pedido brazos, ha pedido limosnas, y ha obtenido lo que pedia. En tanto que sus necesidades duren, seguirá pidiendo y seguirá obteniendo: solo él tiene palabras á las que responden todavía los corazones.

Una esperiencia acaba de hacerse de ello, cuyo éxito, que él solo esperaba, es tan honroso para la sociedad moderna como glorioso para el alma que lo habia previsto. Tal es el gran acto de la canonizacion de los mártires japoneses, á los cuales se encontró unido un oscuro fraile español, un héroe puramente teológico, desprovisto hasta de esa aureola de la sangre vertida que aun brilla ante las miradas que no ven nada fuera de las cosas de la tierra. Por veneracion, por espíritu de fe, por un justo amor hácia toda gloria verdadera, Pio IX quiso adquirir esta bendicion y este honor para su pontificado. Despues de la definicion de la Inmaculada Concepcion, ninguna otra cosa podia hacer que mas se alejara de las preocupaciones del siglo; pero ninguna otra cosa podia hacer tampoco que mejor atestiguara la inquebrantable fe de la Iglesia y la augusta perseverancia de las tradiciones que el orgullo racionalista considera gastadas. La filosofía y la política aseguran que el mundo no cree ya ni en

los Santos ni en el Papa; y para probarlas que aun cree el mundo en todo eso, el Papa concibió la idea de llamar al mundo entero á la solemnidad, convocando á los Obispos del universo, y teniéndoles á su alrededor en aquel dia.

Este designio, preciso es confesarlo, asustó á muchas personas. Decíase al Santo Padre: «Eso no es posible. Los gobiernos les opondrán mil obstáculos, y los Obispos no vendrán.» Y como la celebracion de la fiesta se habia fijado con seis meses de antelacion, se decia tambien: «¿Estará el Papa en Roma dentro de seis meses?» El Papa lo escuchó todo, y no temió nada. Habia considerado, ó que los Obispos no tendrian que vencer ningun obstáculo fuerte, é irian á Roma; ó que serian detenidos, y se conoceria claramente por el mundo en qué estado se encontraba la libertad de la Iglesia. Los Obispos fueron, pues, llamados á Roma, no por una órden formal, sino por una simple invitacion que, por parte del Papa, les dejaba la mayor libertad.

XII.

Los acontecimientos hicieron ver cuán exactamente habia apreciado Pio IX los corazones y las situaciones. Los Obispos empezaron á llegar de todos los paises, de todas las islas, aun las mas lejanas. La Francia, la Inglaterra, la España, la Alemania, la Holanda, la América, el África, el Asia, se encontraron en el dintel del Vaticano. La misma Rusia se vió forzada á dejar en libertad á algunos Obispos y á algunos religiosos: acaso en estos últimos cien años no haya ido á Roma ningun eclesiástico de esos paises con pasaporte moscovita. Solo dos naciones dejaron de verse representadas por su episcopado: el Piamonte que le encarcela, y Portugal donde se hace otra cosa

peor, y donde parece que los Obispos temen mas el desobedecer á Dios que á los hombres; formando lo de Portugal la única escepcion que ha afligido verdaderamente al Padre de familia, porque los prisioneros del Piamonte estaban presentes por sus cartas y su voz se unia al concierto universal.

¡Qué espectáculo! ¡Qué golpe de política tan inspirado! El dia de Pentecostés habia en la Basílica del Príncipe de los Apóstoles cincuenta mil sacerdotes y fieles agrupados alrededor de trescientos Obispos. Testigos eran reunidos de todos los pueblos; testigos irrecusables que dicen á Roma lo que es el Papa en el mundo, que enseñan al mundo lo que es el Papa en Roma; al mismo tiempo que atestiguan la falsedad de cuanto se dice sobre la vida declinante del Pontificado, y sobre los vicios de ese gobierno temporal del Soberano sacerdote, al cual se quiere sustituir con la arrogancia ignorante del sable y del palo.

A pesar de las angustias de estos tiempos lúgubres y mezquinos, éramos muy felices todos los que nos encôntrábamos allí. Mirábamos realizarse una gran cosa, una cosa que se habia deseado, anunciado, preparado, y que se realizaba noblemente, con toda luz, en la forma anunciada. El mortal que es por escelencia en la tierra el hijo del hombre y el hijo de Dios; aquel por quien el cielo y la tierra se reconcilian, arrojaba con sus manos pacíficas, sobre el suelo ya limpio, una de esas bases sobre las que se afirman las plantas del género humano. Nosotros contemplábamos con nuestros ojos, podíamos tocar con nuestras manos la gracia de la proteccion divina. El acto de fe solo era el grito de la evidencia confesada y reconocida por la razon. ¡Ah! En el centro del mundo amenazado por las locuras del mundo con una completa descomposi-

cion, lo que nosotros sentíamos, mas aun que admiracion, mas aun que amor, era confianza y seguridad.

Cuando recorríamos nuestra Roma y al mirarla con un corazon filial, si llegábamos á pensar en que se pretendia arrebatárnosla, esperimentábamos mas bien un movimiento de santa cólera que una impresion de espanto; comprendíamos el crímen inmenso y la inmensa necedad de los ladrones que se figuran arrebatar semejante botin. Léese en el profeta Isaías, que el Rey de los asirios, vencedor de Samaria por la cólera de Dios, preguntaba quién le impediria ir á Jerusalen y saquear el templo: *Numquid, non sicut feci Samariæ et idolis ejus, sic faciam Jerusalem et simulacris ejus?* Dios responde: «Visitaré la insolencia del corazon de Asuero, y bajo su victoria encenderé el fuego que le consuma.» Íbamos de un santuario á otro santuario, y, hablando de la historia de Asuero, nos informábamos de los sitios por donde debia pasar Pio IX, para prosternarnos ante el fuerte de Sion. «No, no, esclamaba un Obispo, despues de salir de una audiencia del Santo Padre; no, lo que se dice no es cierto. No creais que existe un Sardo, un Garibaldi, un Ratazzi; no hay otra cosa que fantasmas que nosotros mismos nos forjamos para asustarnos, fantasmas como los Cavour y tantos otros que han surgido de las puertas del infierno, que han anunciado que iban á prevalecer y que no han prevalecido. Y á estos de hoy les sucederá lo propio: *Non prævalebunt.* Se muestran soberbios, y motivos tienen para mostrarse así: la ilusion les acaricia, pero que esperen, que esperen un solo momento. Dios está en Roma. *Adhuc enim paululùm modicumque, et consummabitur indignatio et furor meus super scelus eorum.*»

Los festejos sucedian á los festejos, fiestas de los ojos



y del corazon, fiestas del alma y del espíritu, fiestas del tiempo y de la eternidad. Aquellas dulces y santas maravillas contenian la demostracion de todas las verdades negadas por el error. El Rey de la paz presidia esas fiestas rodeado de hombres que habian ido á Roma de todos los puntos de la tierra, y esos hombres eran los Pastores del género humano, los corazones que no tiemblan, las voces que no se callan, las ideas que nunca mueren. Veíaseles prosternados en el polvo inmortal y fecundo del Coliseo, del Circo de Neron, de la via Ostia, de las cárceles Mamertinas, de las Catacumbas, aspirando la vida inagotable que sale de todas esas grandes tumbas, recibiendo nueva fuerza del beso de Pedro, vivo y radiante en medio de ellos.

En tanto que el pueblo, libre y contento, al multiplicar los testimonios de amor hácia su Rey, descansaba del trabajo contemplando el esplendor de las sagradas pompas; en tanto que los espíritus mas cultivados visitaban los tesoros abiertos en todas partes, del arte, de la ciencia y de la historia, una inteligencia tranquila proveia sin esfuerzo á esa primera necesidad del género humano que se llama el gobierno de la Iglesia. A pesar del furor de la tempestad, el sublime piloto, sentado en el timon, con la mirada fija en el cielo, con mano tan firme como dulce, y con corazon tan sereno como clemente, se servia de la misma fuerza del huracan para hacer marchar mejor al buque.

Este es Pio IX, tal, al menos, como puede presentarle todo escrito que no sea una historia. La posteridad le conocerá mejor que nosotros, porque conocerá el conjunto y las consecuencias de sus obras. Le verá cada dia mas grande, le verá completamente victorioso, y venerará

en él á uno de los Pontífices mas majestuosos que la divina misericordia haya querido dar á la Iglesia. Nosotros, sus contemporáneos, que ya le contemplamos tan elevado sobre la comun talla, nosotros gozamos mas de cerca de los reflejos de su dulzura, que es la dulzura de David y de Moisés. Con los ojos filialmente fijos en él, nos regocijamos al ver cuán admirablemente le ha formado Dios, para que pueda sostener las miradas de todo el género humano. Su poder tiene enemigos; su persona no los tiene. En el espantoso clamoreo que se levanta contra el Pontificado, solo un sicario se ha atrevido á hablar sin respeto de Pio IX, y al momento la reprobacion que estalló en todas partes le obligó á guardar silencio. Así como Pio IX ha impuesto el respeto á los escritores, y así como ha desbaratado los proyectos de los traidores, así tambien vencerá á los sediciosos. En vano se habrán apoderado sus enemigos de la fuerza; en vano lograrán alcanzar arteramente nuevas y criminales victorias; su destino es ya visible: morirán ahogados por sus rapiñas, anonadados por los silbidos. En tanto que esos vencedores de un dia se anegan y se hunden en un lodo sangriento, la noble figura del Pontífice-Rey brilla mas y mas cada dia, fuerte, leal, serena, humilde, adornada de mil santos resplandores. Y ya está próximo el tiempo en el que, mas de una voz entre las que hoy se levantan para injuriarle, se levantará para sostener que es la clave maestra del mundo.

FIN.

ERRATA. En la pág. 4, lín. 15, léase *divinidad* donde dice *debilidad*.

